

ANDRÉS DUNN

Una Historia de Irlanda



La extraordinaria historia de la conversión de
Andrés Dunn al leer el Nuevo Testamento

THOMAS KELLY (1769-1854)

ANDRÉS DUNN:

Una Historia de Irlanda

Contenido

Primera entrevista con el Padre Dominick.....	3
Consigue un Nuevo Testamento.....	6
Su familia se alarma.....	8
Segundo encuentro con el Padre Dominick	11
El Padre en la casa de Andrés	12
La misa	14
Absolución.....	16
Penitencia.....	17
Extremaunción.....	19
Purgatorio.....	20
Oración a los santos.....	22
El camino verdadero.....	22
Excomunicación	24
Obtiene una Biblia.....	25
Culto familiar	26
El peor enemigo de Andrés	28
Se convierte en su mejor amigo.....	30
Quemó la cachiporra.....	33
El círculo se extiende	34
Se inician los cultos en la cabaña	36
La muerte del padre Dominick.....	37
Una terminación triunfal.....	38

© Copyright 2002 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación, 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1602.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: *www.ChapelLibrary.org/spanish*.

ANDRÉS DUNN:

Una Historia de Irlanda

*El extraordinario relato de la conversión de
Andrés Dunn al leer el Nuevo Testamento*

Andrés Dunn se educó como católico romano y siguió siéndolo hasta alrededor de los cuarenta años, dando por sentado, como sus vecinos, de que todo lo que sus sacerdotes le decían era cierto. Era un hombre perspicaz, sensato; pero su sagacidad, hasta este momento, había sido utilizada solamente en los asuntos de este mundo. Alrededor de los cuarenta años empezó a pensar en el evangelio de Cristo y en su propia ignorancia del tema, y decidió hacer unas preguntas sobre un asunto del cual dependía la salvación de su alma.

Primera entrevista con el Padre Dominick

En consecuencia, visitó al Padre Dominick, sacerdote de su parroquia, y le dijo que deseaba tener una conversación con su reverencia.

—Bueno, Andrés, —dijo su reverencia—, ¿qué quieres decirme?

—Pues, por favor, su reverencia, he estado pensando por un tiempo de que aunque soy bueno para hacer negocios con mi vecino, soy tan ignorante en cuanto al evangelio como lo es un caballo o un vaca, y esto, no creo que esté bien. ¿Podría su reverencia tener la gentileza de guiarme para obtener algo de conocimiento sobre esta cuestión?

—Pero Andrés, nunca has dejado de confesarte, ni de ir a misa y eres un hombre honesto; ¿qué más quieres que esto? —contestó.

—Pues, señor, a decir verdad, si alguien me preguntara por qué soy miembro de la iglesia católica no sabría decirle, a menos que le dijera que mi padre lo fue antes que yo, y esto, humildemente, creo que es una razón muy tonta.

—¿Acaso no sabes, Andrés, —respondió su reverencia—, que perteneces a la Santa Iglesia madre y que no hay otra iglesia verdadera, y que todos lo que no pertenecen a ella son herejes, y serán condenados?

—Con frecuencia, —dijo Andrés—, he oído decir eso mismo a su reverencia en la capilla; pero con humildad, ¿puedo tomarme el atrevimiento de preguntarle a su reverencia cómo lo sabe?

—¡Andrés, eres el primero de mis feligreses que jamás se haya atrevido a postular tal pregunta, no entiendo cómo te has tomado la libertad de hacerlo! No obstante, la respuesta a tu pregunta es fácil. Lo sé porque la iglesia lo dice.

Andrés se consternó un poco al principio, pero recuperándose, dijo:

—Permítame el atrevimiento de preguntarle a su reverencia cómo fue que llegó usted a estar seguro de que la iglesia no puede cometer ningún error en estas cuestiones. Porque su reverencia sabe que es totalmente razonable que un hombre sea un poco inquisitivo cuando puede perder o ganar tanto.

Con un aire triunfal, el Padre Dominick contestó:

—Si tienes que preguntar, debes saber entonces que Jesucristo ha prometido estar con su iglesia hasta el fin del mundo, y esto la hace infalible, es decir, incapaz de equivocarse.

—Esto, por cierto, es el *quid* de la cuestión — exclamó Andrés— y si su reverencia me puede aclarar este asunto me quedaré tranquilo para siempre.

El Padre Dominick, contento de librarse de él tan fácilmente, le dijo que la promesa de Jesucristo se encuentra en el último capítulo y último versículo del Evangelio de San Mateo, y sabiéndola de memoria, se la recitó a Andrés en latín.

—Todo esto, —exclamó Andrés— puede ser muy cierto y acertado, pero por favor su reverencia, no entiendo ni una palabra de lo que dice.

—Lo sé muy bien —respondió el Padre Dominick—, para beneficio de nuestros feligreses nos reservamos el poder de explicar tales pasajes según la interpretación correcta que les asigna la iglesia.

—¿Me permite rogarle humildemente, que me explique estas magníficas y sabias palabras? —preguntó Andrés.

—Pues, Andrés, —respondió el Padre Dominick—, el significado es este: Jesucristo promete estar con cada concilio que el Papa mande hasta el fin del mundo; que tal concilio, siendo la iglesia, será infalible, es decir, no estará sujeta a errores; y que, en consecuencia, todo el que se atreve a poner en tela de juicio sus decretos será castigado como hereje aquí, y su alma sufrirá por toda la eternidad.

—¡Válgame Dios! —exclamó Andrés, consternado por lo que oía—, ¿esa breve frase que su reverencia recitó contiene todo eso?

—Sí, y mucho más, —respondió él—, si tuviera tiempo de explicártelo. Con este pasaje podemos confundir a todos los adeptos a las religiones en el mundo; no les deja ni una palabra para usar a su favor.

Consigue un Nuevo Testamento.

De niño, Andrés había aprendido a leer y escribir, y teniendo buena memoria, todavía podía leer bastante bien. Solía trabajar con frecuencia en la casa de un hacendado vecino, y era considerado un buen empleado. La esposa del hacendado era muy bondadosa con los necesitados a su alrededor, y particularmente en las últimas dos temporadas malas se dedicó con tanta diligencia a procurarles alimentos que salvó la vida de muchos que se hubieran muerto de hambre sin comida adecuada. Pero también recordó ella que tenían almas a salvar o perdidas, y cuando visitaba a los enfermos, decía una o dos palabras para llamarles la atención a sus intereses eternos. Por aquel tiempo a comprar Testamentos para repartir a los pobres de todo tipo en su vecindario. Al Padre Dominick le daba vergüenza objetar a esta obra de caridad de ella, aunque, a decir verdad, hubiera preferido que se abstuviera de este tipo de favores.

Cierto día, cuando Andrés estaba trillando, esta buena mujer se le acercó para preguntarle acerca de la salud de uno de sus hijos que había estado enfermo, y a quien ella había visitado. Después de conversar un rato, ella le preguntó si tenía un Testamento en su casa, lo cual él contestó:

—No señora, pero ojalá tuviera uno que pudiera leer y comprender.

Ella sacó inmediatamente un Testamento que le obsequió a Andrés. Él puso el Libro en su bolsillo hasta acabar con su trabajo, y luego camino rápidamente a su casa, a fin de poder leerlo un poco esa misma noche. Camino a su casa, se sintió impulsado a reflexionar en el valor del tesoro que tenía. “Este libro”, se dijo, “contiene las palabras de Dios. Si yo tuviera un libro que me enseñara cómo hacerme rico lo valoraría muchísimo, pero este libro me enseñará a ser rico para siempre. ¿Y por

qué será que el Padre Dominick quiere ocultármelo? Pase lo que pase, estoy decidido, con la bendición de Dios, a leerlo.” Después de que él y su familia habían terminado la cena se retiró a la pequeña habitación donde dormía. Esa noche leyó varios capítulos que le encantaron, y siguió esa misma práctica hasta haberlo leído todo.

Al leer, se sintió particularmente consternado de que no encontraba nada de lo que solía decir el Padre Dominick, ni una palabra acerca del Papa, o de la misa, o la confesión, las penitencias y la absolución, de los méritos de los santos, de los días santos, de comer pescado, es rezar con el rosario, etc.

—¡Qué! —exclamaba—, ¿he estado oyendo estas cosas toda mi vida, y me han enseñado a considerarlas como el todo de la religión, pero no puedo encontrar ni una palabra acerca de ellas en el Testamento? ¿El padre Dominick sabrá de esto, o Dios le habrá susurrado al oído que su propia Palabra no es verdad? ¿O le habrá dado la libertad de cambiarla o añadirle?

No obstante, aunque Andrés no podía hallar nada sobre esto en el Testamento, encontró en él cosas mucho más importantes.

Le afectaron particularmente pasajes como los siguientes: “Los que están sanos no tienen necesidad de médicos, sino los enfermos.” “Sí” pensaba Andrés. “Esto lo entiendo. Si no hubiéramos sido pecadores no habríamos necesitado un salvador.” Otro: “Porque no he venido a llamar a justos, sino pecadores a arrepentimiento.” “¡Oh qué consuelo! Soy un pecador, vino para llamarme a mí entre otros.” Otro: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

—¡Sí! —exclamó Andrés extático de admiración—, ¡esto sí que es amor! Que Dios enviara a su Hijo en semejante misión.

Pero recapacitando clamó:

—¡Ay! ¿Qué razón puedo tener yo de estar contento con esta noticia? ¿Cómo sé que tengo algo que ver con ello?

Pasajes como los siguientes solían herirle profundamente: “E irán éstos [los malvados] al tormento eterno” (Mat. 25:46). “¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios?” (1 Cor. 6:9). “[Dios] pagará a cada uno conforme a sus obras... Tribulación y angustia sobre toda persona humana que obra lo malo” (Rom. 2:6, 9). Cuando leía pasajes como estos el corazón se le iba a los pies, porque sabía muy bien que era pecador, y que Dios podía castigarle con justicia, enviándolo a una destrucción eterna.

—¡Oh, qué hombre tan desgraciado soy! —voceaba—, ¿quién me librará?

Siguió varias semanas en este estado de ánimo, a veces alentado por su esperanza o deprimido por su temor.

Su familia se alarma.

Andrés tenía familia: su esposa, un hijo y dos hijas; su hijo tenía unos dieciocho años, sus hijas, diecisiete y quince. Le era imposible esconderles enteramente los sentimientos de su mente, y con frecuencia le preguntaban la causa de su preocupación. Al principio los conformaba con alguna respuesta evasiva; pero cuando sus preguntas aumentaban y se hacían cada vez más inoportunas, les decía:

—Oh mi querida esposa y queridos hijos, hay mucho más en la religión que lo que ninguno de nosotros sabíamos. El Testamento me dice que soy pecador, y esto es lo que me intranquiliza.

Andrés era muy querido por sus familiares quienes al principio pensaron que estaba desvariando, y se alarmaron mucho, pero al notar que en todo lo demás parecía muy racional, se esforzaron por confortarlo diciendo que “aunque, de seguro, era pecador, era un hombre tan honesto como cualquiera de sus vecinos, era de buen corazón y nunca dejaba de cumplir sus obligaciones.”

—¡Pobre consuelo —exclamaba Andrés— mala medicina para una conciencia herida! Si no tienen más consuelo que este para mí, ¡ahórrenme el dolor de tener que escuchar lo que sólo causa una herida más profunda! ¿Pueden decirme cómo librarme de mis pecados?

—Ay, pues sí —respondió su esposa—, ve, mi querido, con el Padre Dominick, confíesate a él, y en un abrir y cerrar de ojos te dará absolución.

—¡Darme absolución! —respondió Andrés con un suspiro—, esto podía ser en los días de mi ignorancia, pero necesito otro tipo de absolución ahora. Sólo Dios, querida mía, puede perdonar los pecados, y el Padre Dominick no tiene más poder que tú y yo para perdonar los pecados.

Cierto día tomó el Testamento y leyó en el capítulo quince de San Lucas. Cuando llegó a esa parte donde el pobre pródigo dice: “Me levantaré, e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo, y contra ti; ya no soy digno de ser llamado tu hijo” cayó de rodillas, y aplicando el pasaje a él mismo, clamó con todo el corazón pidiendo perdón a través de Jesucristo. Al caer su vista en el libro, lo impactaron estas palabras: “Viólo su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y echóse sobre su cuello, y besóle”, y recordando inmediatamente otro pasaje que decía: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7), su corazón se conmovió ante la realidad del amor de Dios al enviar Su Hijo para salvar a pecadores y, entregándose como un pecador a la misericordia de Dios a través de Dios Cristo, sintió

inmediatamente una tranquilidad como nunca había sentido.

Andrés empezó a hablarle a su familia más claramente que antes, y les contaba del amor de Cristo al darse a sí mismo para redimir a pecadores perdidos. Por algún tiempo a todos, menos a la hija menor, les parecía que desvariaba. Ella, desde el principio, escuchó con mucha atención sus palabras y, al poco tiempo se le acercó y, con un rostro que delataba sus sentimientos, confesó que se había sentido profundamente afectada por las cosas que él había dicho; que pensaba en ellas de día y de noche; que su mente estaba en tal estado de inquietud que ahora venía a él para recibir su consejo y consuelo. Andrés se alegró muchísimo por lo que oyó; le habló a ella de la importancia de no tomar a la ligera pensamientos serios como estos, se esforzó por explicarle del amor de Cristo por el peor de los pecadores, y le rogó que aceptara su invitación de acercarse a Él sin demora, que no necesitaba nada que la recomendara a Cristo más que sus necesidades, los cuales Él supliría en abundancia. Al poco tiempo, Andrés tuvo la satisfacción de ver a su esposa e hijo convencidos de la verdad y buscando humildemente salvación al pie de la Cruz; así que en su familia quedaba sólo su hija mayor que no era una verdadera creyente.

Las cosas siguieron así por un tiempo, y ahora había pasado más de un año desde que Andrés tuviera su primera conversación con el Padre Dominick, lapso en que, dedicando todo su tiempo libre al estudio del Testamento, había llegado a dominarlo bastante, y podía, por la gracia de Dios, dar “a cada uno... razón de la esperanza que hay en vosotros”. Entre tanto, el Padre Dominick lo había visitado para saber por qué no iba a confesarse y a misa. Al principio le faltó valentía para decir la verdad, e hizo una excusa por su descuido; pero después empezó a razonar de que no debía avergonzarse de lo que la Pala-

bra de Dios le había enseñado, y que era su deber expresar abiertamente su convicción de haber estado errado en el pasado. Por lo tanto, resolvió que la próxima vez le hablaría claramente y, habiendo limpiado su conciencia ante Dios, se atendería pacientemente a todas las consecuencias.

Segundo encuentro con el Padre Dominick

Poco tiempo después de esto, el Padre Dominick, visitó a Andrés, y le reprendió severamente por descuidar sus obligaciones.

—Sí, —dijo el Padre Dominick—, me imaginé que ésta sería la consecuencia de tu espíritu inquisitivo. Has aprendido, parece, a despreciar tu clero, y ya no le tienes miedo a las penitencias. No esperaba otra cosa de tu atrevimiento de leer el Testamento. Si te tuviera en otro país, enseguida solucionaría el asunto entregándote a la Inquisición, y haciéndote pagar caro por tu atrevimiento de poner en tela de juicio la autoridad de tu clero. Pero en este país ese vil principio de “libertad de conciencia”, de que cada uno puede pensar por sí mismo, se ha popularizado tanto que nuestro poder tambalea.

—Sin querer faltarle el respeto, señor, —comentó Andrés—, no puedo menos que expresarle mi gratitud a Dios por vivir en un país donde cada uno puede juzgar por sí mismo, ni creo que sea para mérito de la religión el hecho de que hay que usar la tortura para mantener a los hombres fiel a ella.

Luego siguió diciendo:

—¿Espera, señor, traerme de vuelta con argumentos como estos? Si lo cree, está muy equivocado. La convicción de que yo estaba en un error produjo el cambio en mí que parece ofenderle tanto a usted y nada, espero, que razones más convincentes a lo contrario me harán regresar. Si espera usted hacer algo conmigo, pase a mi casa, y

presénteme sus razones. Si las encuentro satisfactorias, verá que no seré obstinado.

El Padre Dominick empezó, al ir calmándose, a sentirse un poco avergonzado de su conducta y decidió entrar. Se bajó de su caballo y lo ató a la puerta, y toda la familia se acercó para oír la conversación que prometía ser interesante.

El Padre en la casa de Andrés

El Padre Dominick empezó la discusión de siguiente manera:

—¿No cree que sea un atrevimiento extraño que un hombre como usted se atreva a discutir sobre religión con alguien como yo, que puede leer y escribir latín y que se ha criado en estas cosas?

Andrés. “Aquello que concierne a todo hombre, señor, debe ser simple en sí. Si yo quiero medir un trozo de tela, y no tengo un metro con el cual medirla, tengo que adivinar, o creer lo que me diga otro; pero si tengo un metro para medir, lo aplico a la tela y no necesito tener mucha educación para saber cuánta tela hay.”

Padre D. “¿Qué quieres decir con eso?”

Andrés. “Quiero decir, señor, que Dios me ha dado una unidad de medida con la cual juzgar, y que mi deber es aplicar esa unidad de medida, lo cual, creo, no requiere tanta educación como usted, señor, parece creer.”

Padre D. “¡Oh! Ya veo a dónde quieres llegar. Quiero decir, supongo que la Escritura te es dada como medida con la cual juzga, y que todo debe ser medido usando esa regla.”

Andrés. “Exactamente, señor.”

Padre D. “¿Pero has considerado que el Libro es apto sólo para los eruditos, y que personas sin educación como tú nada tienen que ver con él?”

Andrés. “Sé que eso es lo que usted me decía, señor, antes de yo leerlo; pero cuando lo leí y oré pidiendo gra-

cia para entenderlo, descubrí que era sencillo y fácil de entender. No pretendo explicar cada una de sus partes, ni creo que el hombre más sabio de la tierra pueda; pero confío haber comprendido lo suficiente como para hacerme 'sabio para salvación'."

Padre D. "En verdad eres uno de los tipos más insolentes que jamás he conocido, ¡crees que puedes entender las Escrituras cuando aún a los hombres de mayor erudición y educación les resulta difícil explicarlas!"

Andrés. "No me avergüenzo, señor, de confesar que no pretendo ser ningún erudito. Pero, quizá, si considera usted los siguientes versículos que he encontrado en el Testamento no dará tanta importancia a la erudición. Nuestro bendito Señor dice: 'Te alabo, Padre, que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las hayas revelado a los niños' (Mat. 11:25). Y también: 'Que si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos' (Mat. 18:13). También, San Pablo dice: 'Porque mirad... vuestra vocación, que no sois muchos sabios' (1 Cor. 1:26). Podría mencionarle otros versículos similares, pero estos bastan para mostrarle que nuestro Salvador y los apóstoles no daban tanta importancia a la erudición como muchos quieren dale. Además, señor, usted sabe mejor que yo, que nuestro bendito Maestro, Jesucristo, cuando estaba en la tierra se ocupó principalmente de hablarle a los pobres, y que sus discursos a los pobres nos son dados en el Nuevo Testamento. Ahora bien, señor, no veo ninguna razón por la cual un irlandés pobre no puede entender la Palabra de Dios tan bien como un judío pobre. Ni puedo entender por qué se le ha de impedir a un pobre irlandés leer lo que él, que fue más sabio que todos nosotros, juzgó apto para lo que los judíos pobres oyeran."

Su reverencia, que no esperaba tales razonamientos de parte de Andrés, quedó perplejo ante su argumentación, y no pudo responder. Por lo tanto, se vio obligado a

defenderse escudándose en la infalibilidad de la iglesia y diciendo que: “la iglesia, en su sabiduría, había prohibido la lectura de las Escrituras.” Los argumentos como éste, hacía rato que habían dejado de tener efecto en Andrés por lo que hizo la observación que no necesitaba nada más para convencerle que la iglesia, a favor de la cual abogaba su reverencia, no podía ser la iglesia verdadera. Esto colmó la paciencia de su reverencia. Pero controló su ira lo mejor que pudo y le dijo, que si quería tener las Escrituras, podía; y que le mostraría usando estas Escrituras que todo lo que él objetaba en la Santa Iglesia Católica era por autoridad y mandato divino.

Andrés. “Si puede hacer eso, señor, prometo volver al seno de lo que usted llama la Iglesia Católica.”

Padre D. “Entonces, dime qué es lo que objetas.”

Andrés. “Considero que todo es erróneo, pero algunas de las cosas principales que objeto son la misa, la confesión, la penitencia y absolución, el ungimiento, el purgatorio, el orar a los santos, y sobre todo, ¡el mérito humano!”

La misa

Padre D. “Empecemos, pues, con la misa. La misa es el servicio en que los elementos del pan y vino son consagrados por el sacerdote y se transforman en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo, y son ofrecidos a Dios como sacrificio sin sangre por el pecado. Ahora bien, sólo necesita mirar en el Testamento, que usted cree está todo de parte suya, para descubrir que Cristo dice del pan ‘este es mi cuerpo’ y del vino ‘esta es mi sangre’. ¿Qué puede decir contra una cuestión que es tan clara en sí?”

Andrés. “Admito, señor, que las palabras son las que usted dice. Pero por favor, observe que cada palabra no debe ser entendida en un sentido estrictamente literal. San Pablo dice que la roca de la cual brotó agua para los Israelitas, ‘La piedra es Cristo’ (1 Corintos 10:4). Pero de

seguro sería un error suponer que ese trozo de piedra era realmente Cristo; no obstante, nos creemos con derecho de afirmar que el pan y el vino en la misa son realmente su cuerpo y sangre. No soy erudito señor, pero el sentido común me enseña que si las palabras de nuestro Salvador pueden ser entendidas de una manera que no resulten ser la más grande contradicción imaginable, es en este sentido que deben ser interpretadas. Ahora bien, señor, si toma usted esas palabras interpretando como que significan que este pan y vino de veras se convierten en carne y sangre, he de suponer primero, que una parte del cuerpo del Señor fue colocada sobre la mesa después de que bendijo el pan, al mismo tiempo que su cuerpo seguía entero, o en un sentido más estricto, que se quitó totalmente su cuerpo a la vez que seguía totalmente en él. Porque si dice: 'Este es mi cuerpo' y eso ha de entenderse literalmente, entonces era todo su cuerpo, y no parte de él que estaba en el pan. En segundo lugar, tengo que suponer que una miga de pan, que no pesa más que media onza, en realidad pesa mucho más. En tercer lugar, tengo que suponer que lo que parece ser pan, se siente como pan y tiene gusto a pan es, contrariamente a lo que mis ojos, mis manos y mi boca se indican que es, son realmente carne y sangre. Y, en último lugar, tengo que suponer lo que es peor de todo, que el pueblo de nuestro Señor es alimentado con carne carnal, no espiritual."

Padre D. "Esto es juzgar por los sentidos, y no por fe."

Andrés. "Señor, si nuestro Señor hubiera dicho: 'Esto que ustedes ven ya no es pan, pero realmente ha sido transformado y es mi cuerpo aunque se asemeja al pan', hubiera sido el deber de sus discípulos creer sus palabras a pesar de la evidencia de todos sus sentidos; pero, como no dio explicaciones, resulta claro que no debo entenderlo más literalmente cuando dice 'Yo soy la puerta' o 'Yo

soy el camino'. Se nos dice que el Señor transformó el agua en vino en una fiesta de bodas; pero no les dio un licor con toda la apariencia y las propiedades del agua diciéndoles que era vino. Además, señor, nuestro Salvador nos da una clave para tales pasajes cuando dice: 'Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida', 'El espíritu es el que da vida la carne nada aprovecha'. También señor, nuestro Señor dice 'Haced esto en memoria de mí' lo cual muestra que su intención era que la Cena hiciera recordar lo que había sufrido por su pueblo. Pero, después de todo señor, no puedo menos que preguntarme dos cosas relacionadas con este asunto. Una es: ¿dónde encuentra en las acciones de nuestro Señor en esta ocasión algo similar a lo que los sacerdotes hacen cuando celebran la misa? La segunda pregunta es: ¿con qué derecho niega usted el vino a los laicos? Porque Él quiso que sus discípulos tomaran el pan y también les indicó que tomaran la copa."

Estas dos preguntas dejaron perplejo al padre Dominick, y lo único que pudo decir fue que así lo había ordenado la iglesia y, por consiguiente, tenía que ser lo correcto. Pero Andrés estaba resuelto a aferrarse al Testamento y no pensaba ceder ni una pulgada de terreno sin tener pruebas claras de la Palabra de Dios. El padre Dominick le dijo que era un tipo hipercrítico, y que ningún buen cristiano dudaría de la verdadera presencia del cuerpo y la sangre, y le pidió que pasara a la próxima objeción.

Absolución

Andrés. "Usted le dice a su congregación señor, que tiene derecho de exigirles que confiesen sus pecados en su oído y de imponerles una penitencia y luego darles una absolución."

Padre D. "Por supuesto que lo hacemos, ¿qué buen cristiano puede dudar de esto?"

Andrés. “Le agradeceré señor, que me muestre algo en el Nuevo Testamento que apoya esta pretensión.”

Padre D. “Eso es muy fácil, ‘a los que remitiereis los pecados, les son remitidos; a quienes los retuviereis serán retenidos’ (Juan 20:23).”

Andrés. “¿Está seguro señor, de que entiende esas palabras correctamente? ¿Y puede creer, que por la autoridad de esta palabra, el sacerdote de cualquier parroquia puede exigir a sus feligreses que se confiesen, determinen la penitencia y den una absolución? ¿Dónde habla de la confesión al oído de un sacerdote?”

Padre D. “San Santiago 5:16 dice ‘confesaos vuestras faltas’.”

Andrés. “Me sorprende señor, que pretenda usted que esto tenga algo que ver con lo otro. Si considera el resto de las palabras puede ver el significado del apóstol: ‘confesaos vuestras faltas unos a otros’, por lo cual, se ve a las claras que San Santiago no se refería a nada parecido a la confesión a un sacerdote. ¿Y dónde dice en el Testamento que se le ha otorgado a usted el derecho de determinar penitencias?”

Penitencia

Padre D. “Ah, ya me parecía que se trataba de eso; veo de dónde viene este asunto. A ti no te gusta la sana disciplina de la Iglesia Madre, y esta es la verdadera causa de tu discrepancia con ella.”

Andrés. “Al contrario, señor, porque desde que he leído el Testamento mi conducta exterior ha cambiado mucho por lo que, por la gracia de Dios, ya no me entrego a distintos pecados como antes, pero quiero saber dónde lo encuentra en la Palabra de Dios.”

Padre D. “¿No has leído lo que dice San Pablo: ‘el tal sea entregado a Satanás para muerte de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús’ (1 Corintios 5:5).”

Andrés. “San Pablo hace claro su significado con lo que sigue: ‘quítad pues’ dice él, ‘a ese malo de entre vosotros’ (1 Corintios 5:13). Por lo que parece, primero, que el sacerdote se equivoca cuando se hace cargo de lo que el apóstol manda que haga la sociedad de cristianos. Segundo, que cuando causa que la persona castigue su propio cuerpo, hace lo que no debe porque la orden no es ‘hacedlos hacer penitencia’ sino ‘apartad al tal de entre vosotros’.”

Padre D. “La penitencia es una disciplina sana y tiene un fin importante.”

Andrés. “Para el clero sí señor, porque mantiene al pueblo intimidado, hace que teman más al cura que a Dios mismo. Y con esto no digo más que la verdad, porque desobedecen los mandamientos de Dios todos los días, pero los mandamientos del sacerdote tienen que cumplirse. Recuerdo señor, que cuando solía confesarle que me había emborrachado recibía una penitencia muy leve; pero sintiéndome guiado cierto día a escuchar un sermón que no era predicado por un sacerdote, usted me hizo dar una vuelta alrededor de la capilla arrodillado, y me impuso muchas otras penalidades que en aquel entonces obedecí en mi simpleza. Ahora bien, señor, ¿era un pecado mayor ir a escuchar un sermón que emborracharme? No, pero hacer lo primero era actuar de acuerdo con mi criterio, lo cual usted consideró el mayor crimen que pudiera yo cometer, pero con lo otro sólo quebranté uno de los mandamientos de Dios que no afectaba la autoridad del clero. Entonces, ¿no parece que la penitencia es empleada más para conveniencia del clero que con el propósito de prevenir el pecado? ¿Y no es más bien que sirve para mantener al pueblo intimidado ante el sacerdote que impedir que ofendan a Dios? Usted dice que la penitencia es útil, pero ¿cómo, señor? ¿Qué logra usted con ella? ¿Puede impedir que su pueblo cometa pecados flagrantes y escandalosos? Usted sabe que no. Usted

puede atemorizarlos de modo que observen la Cuaresma, o que observen un día santo, o puede impedir que oren con aquellos que usted llama herejes, pero no puede hacerlos sobrios, ni castos, ni honestos. Y, en cuanto a su absolución, ¿qué necesidad hay de ella? Si Dios nos perdona, ¿para qué necesitamos la absolución del sacerdote? Y si Dios no nos perdona, la absolución del sacerdote no puede librarnos del castigo que nuestros pecados merecen.”

Padre D. “Te repito, hombre, como te lo he dicho antes, estás en una oscuridad muy grande; porque la iglesia ya solucionó toda esta cuestión antes de que tú y yo nacieramos, y dar por tierra con la infalibilidad de la iglesia es como intentar sacudir el fundamento de todo el universo.”

Extremaunción

Andrés opinó que la Palabra de Dios merecía más el carácter infalibilidad que el padre Dominick otorgaba a la iglesia, y como estaba resuelto a no ceder en un punto que no pudiera ser probado por la Palabra, él y su antagonista no pudieron coincidir en este tema, por lo que pasaron a otro: la extremaunción.

—En cuanto a este asunto, —dijo el padre Dominick—, no puede haber polémica porque San Santiago dice claramente: “¿está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor (Santiago 5:14).” —¿Qué me dices de esto?—.

Andrés. “Pues, señor, esto diré: que ha recitado usted sólo una parte del pasaje, de tal manera que mantiene velado lo que el apóstol quiere decir. Él agrega: ‘y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si estuviere en pecados, le serán perdonados’. Ahora bien, señor, aunque no pretendo comprender totalmente el asunto, lo comprendo lo suficiente como para saber

que usted le está adjudicando un significado equivocado. Usted unge a un hombre, suponiendo que se está muriendo, para darle un pasaporte al cielo. Pero si acaso se recupera tiene que ser ungido nuevamente cuando otra vez parece estar moribundo. Hasta un niño puede ver que San Santiago está diciendo que el enfermo es levantado después del ungimiento por la oración de fe, así que el ungimiento de usted y el de San Santiago son dos cosas muy diferentes.”

Padre D. “Eres un tipo muy impertinente, y ¡condenado serás si cuando estés a punto de morir no eres ungido por un sacerdote!”

Andrés. “Por cierto, señor, que no tengo la menor intención de serlo. La Palabra de Dios no lo menciona en el sentido que usted le adjudica, y no tengo miedo de no alcanzar el cielo al morir dependiendo sencillamente en la muerte expiatoria de mi Salvador.”

Purgatorio

(Fue el tema siguiente)

Padre D. “¿Así que no crees en el purgatorio desde que leíste el Testamento?”

Andrés. “No puedo encontrar nada en él que se le parezca, señor.”

Padre D. “¿Ah no?, qué extraño, porque muchos grandes hombres lo han encontrado allí. ¿Qué piensas que quiso decir Pablo al declarar ‘y la obra de cada uno cual sea, el fuego hará la prueba’ (1 Cor. 3:13)?”

Andrés. “Creo que el significado es muy claro, señor. Al observar el pasaje verá que el apóstol está hablando de las diferentes doctrinas que pueden ser enseñadas por diferentes personas después de haberse puesto el fundamento de la verdad. Compara algunas de éstas a ‘el oro, la plata y las piedras preciosas’ (1 Cor. 3:12), significando sana doctrina; y algunas a ‘madera, heno, hojarasca’, significando doctrina errada. Ahora bien, él dice que

todas estas pasarán por una prueba al final, ¿y para qué someter a prueba de fuego los diferentes materiales que comparó? Si las doctrinas eran como ‘oro, plata o piedras preciosas, todos sabemos que no serían dañadas por el fuego, sino al contrario. Pero si eran como ‘madera, heno u hojarasca’ serían consumidas por el fuego. Pero, ¿qué tiene que ver esto con un lugar en el cual quemar las almas de los hombres, para purificarlas y hacerlas aptas para el cielo?’”

El padre Dominick buscó el pasaje y lo repasó, y después de haber oído la explicación de Andrés estaba sorprendido de no haberlo entendido antes. Sin embargo, no le admitió a Andrés que creía que su interpretación era correcta, sino que le dijo que “él veía sólo lo superficial del asunto, y que la iglesia, que veía mucho más profundo que él, había declarado que existía un lugar como el Purgatorio, y que eso bastaba.”

Andrés. “No se ofenda, señor, si le digo lo que opino sobre el asunto. Es esto: que el purgatorio no sería tan defendido si no fuera por las ganancias que el clero deriva de él. Recuerdo, muy bien señor, cuando solía darle dinero con el fin de ayudar a pagar las misas para sacar a mis viejos conocidos y amigos del purgatorio. Ahora bien, señor, si tiene usted poder tal, creo que tendría que estar muy contento de usarlo, meramente por lástima a las pobres almas en llamas, sin esperar ningún pago. Pero cuando veo que estas misas tienen que ser pagadas antes de ser realizadas, no puedo menos que sospechar que la verdadera razón por la cual se mantiene el purgatorio es por el beneficio que significa para el clero. Y no me puede convencer que son sinceros hasta que pueda verlos haciendo todo lo que está dentro de su poder, sin pago ni recompensa, para ayudar a las almas que dicen están en ese estado de sufrimiento. Aun entonces, aunque creeré que son sinceros, basado en las Sagradas Escrituras, me opondré a la doctrina porque, además de

otras objeciones, da al purgatorio lo que en todas partes dice lo que hace la Sangre de Cristo. Según ese pasaje ‘la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7)’.”

Padre D. “Te lo dije antes y te lo digo ahora, que eres un tipo muy duro, y nadie puede esperar algo bueno de ti mientras crees que sabes más que la iglesia.”

Andrés. “La Palabra de Dios, señor, es mi guía, y no puedo aceptar nada que no sea probado basado en ella.”

Como no pudieron coincidir sobre el purgatorio tuvieron que pasar a la próxima objeción de Andrés.

Oración a los santos

Andrés. “¿Qué autoridad señor, encuentra usted en la Palabra de Dios para orar a los santos?”

El padre Dominick estaba ahora bastante confundido, porque no podía encontrar nada en las Escrituras que justificara la oración a los santos. Mencionó débilmente al rico en el infierno que clamó a Abraham. Pero desafortunadamente, el ejemplo de un alma perdida es malo para ser imitado por los piadosos en la tierra, y él sabía esto, así que nuevamente se refugió en la infalibilidad de la iglesia y le pidió a Andrés que pasara a su próxima objeción.

El camino verdadero

Andrés. “Podría hablar mucho de los títulos impíos dados a la Virgen María, tales como ‘madre de misericordia’, ‘refugio del pecador’, ‘puerta del cielo’, etc. Le podría mostrar lo absurdo del rosario, del agua bendita y de otras cosas más. Pero me limitaré a enfocar lo que creo es lo peor, y eso el modo como los pecadores han de obtener el favor de Dios. Antes de leer la Palabra de Dios creía que si no cometía un pecado muy grande, y si cumplía regularmente mis obligaciones, era un buen cristiano, y que si al llegar al momento de mi muerte,

recibía los ritos de mi iglesia, no tenía nada que temer. Eso es lo que aprendí, y lo único que aprendí en la capilla. Pero desde que he leído el Testamento veo que el caso es muy distinto de lo que creía. Ese libro, que contiene la sabiduría de Dios, me dice, primero, que yo y toda la humanidad somos pecadores ante Dios; que todos, por el pecado, merecemos sufrimiento eterno; y que nuestra naturaleza es totalmente corrupta e impía, según estos pasajes: ‘que toda boca se tape, y que todo el mundo se sujete a Dios’ (Rom. 3:19), ‘la intención de la carne es enemistad contra Dios’ (Rom. 8:7), ‘la carne codicia contra el Espíritu’ (Gál. 5:17), y ‘de dentro del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, las desvergüenzas, el ojo maligno, las injurias, la soberbia, la insensatez’ (Mar. 7:21-22). Me dice, en segundo lugar, los que son salvos, son salvos gratuitamente por la gracia de Dios, por medio de la muerte y los méritos de Jesucristo, sin ningún mérito nuestro, según lo siguiente: ‘siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús, al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados’ (Rom. 3:24-25). Y también: ‘no por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, mas por su misericordia nos salvó, por el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo’ (Tito 3:5). También me dice que los que aceptan esta salvación son salvos por fe, según muchos pasajes que podría mencionar, pero de los cuales, los siguientes bastan para mi propósito ahora: ‘así que, concluimos ser el hombre justificado por fe’ (Rom. 3:28), y también, ‘justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo’ (Rom. 5:1). Y también: ‘porque por gracia sois salvos por la fe’ (Ef. 2:8). Además, ese

libro me dice, señor, que los que son partícipes de esta preciosa fe están, por medio de ella, unidos a Cristo, como una rama está unida a su árbol, o un miembro a su cuerpo; que son celosos de buenas obras y se dedican a Dios.”

Aquí Andrés fue interrumpido por el padre Dominick, quien se levantó furioso de su asiento, diciendo que si hubiera sabido lo que iba a suceder allí, nunca hubiera entrado a su casa. Luego, volviéndose al resto de la familia, les dijo: “¿están todos ustedes decididos a seguir a este tipo en su malvada apostasía de la iglesia?” Todos menos la hija mayor contestaron sin vacilación de que “si habían tenido dudas antes, lo que vieron y oyeron ese día los había convencido de que Andrés tenía razón y que él estaba errado.”

Padre D. “Siendo este el caso, les aviso que a menos que se arrepientan para prevenirlo, los excomulgaré de la iglesia este próximo domingo.”

Excomunicación

Diciendo esto tomó su sombrero, cerró violentamente la puerta, montó su caballo y partió. El padre Dominick pensaba: “este último argumento lo convencerá y, si no, por lo menos asustará a su esposa e hijos; pero si no sucede así, para servir de ejemplo haré esto con ellos a fin de impedir que a otros se les ocurra andar en estas prácticas.” Pero Andrés no se sintió para nada afectado por las amenazas del padre Dominick, sabiendo que no tenía poder para perjudicarlo, pero estaba afligido de ver a un hombre, que se creía ser un ministro de Cristo, tan ignorante de su verdadero significado. El padre Dominick, viendo que Andrés y su familia persistían en su posición los excomulgó (excepto a aquélla en quien todavía cifraba alguna esperanza) de la iglesia católica el siguiente domingo. Cuando se lo contaron a Andrés, no pudo menos que sentir lástima por el hombre que supo-

nía que su estado se veía realmente afectado por una exclusión como ésta. Sabía que si hubiera seguido en sus pecados, nunca hubiera sido excluido, y que fue únicamente desde que conoció el evangelio que se convirtió en un objeto de desprecio para el padre Dominick. Por lo tanto, se regocijó de que fuera sido contado como digno de sufrir oprobio en nombre de su Señor celestial, y oró fervorosamente poder aguantar los insultos y la oposición sin ira ni impaciencia.

Obtiene una Biblia.

En el transcurso de su lectura del Nuevo Testamento Andrés encontró muchos pasajes que se referían a otro libro que él no conocía, y sin el cual dichos pasajes no podían comprenderse para nada o con facilidad. No queriendo dejar ninguna parte sin aclararla, sintió el gran deseo de saber qué libro era ese, y no conociendo a nadie que pudiera darle información sobre él, aparte de la amable señora que le había dado el Testamento, decidió buscar la oportunidad de hacerle saber su perplejidad y de pedir su consejo. Deseaba, también, tener la oportunidad de agradecerle el regalo que ya le había dado. Fue así que aprovecho la primera ocasión que se le presentó para expresar su gratitud por la bondad que esta buena dama le había mostrado, y después de muchas disculpas, le preguntó si se podía conseguir el libro al que con tanta frecuencia se refería el Testamento, pues le resultaba claro que, hasta no tenerlo, muchas partes que había leído seguirían siendo incomprensibles para él. Ella le dijo que el libro al cual se refería era el Antiguo Testamento, o la parte de las Sagradas Escrituras que había sido escrita antes de la venida del Salvador. A la vez, ella le prometió conseguirle una Biblia que incluyera tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Fue así que al poco tiempo, Andrés tuvo la felicidad de poseer una Biblia. Leyó el Antiguo testamento con gran deleite, y aunque

había partes que no comprendía, había muchas más que sí entendía. Le encantó el relato de la liberación de los hijos de Israel de la esclavitud en Egipto y su entrada victoriosa a la tierra de Canaán.

—Ah, —decía—, yo también una vez fui un desgraciado esclavo del pecado, pero la gracia divina me ha liberado; y aunque ahora estoy pasando por el desierto de este mundo, ¡pronto mi Dios me dará posesión de la Canaán celestial!

El libro de los Salmos le resultó una rica mina de tesoros espirituales, y fuera cual fuera su situación o sentimientos, rara vez abría esa parte del libro sagrado sin encontrar algo que se aplicaba a su caso. Se deleitó también muchísimo en leer las profecías de Isaías. En resumen, Andrés captó esa hermosa correspondencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, lo cual daba prueba de haber sido inspirados por el mismo Espíritu.

Culto Familiar

Por algún tiempo, Andrés ya tenía el convencimiento que era su deber, como cabeza de una familia cristiana, comenzar a tener un culto familiar en su casa. Desde que había conocido la Palabra de Dios había dedicado parte de cada día a orar en secreto. Había arrojado su rosario y sus amuletos de todas clases “a los topes y murciélagos” y sus oraciones habían brotado sencillamente de sus necesidades y su anhelo de ser bendecido. Pero aunque podía hacer esto a solas, temía no poder hacerlo en presencia de su familia. Cierta día, se armó de valentía y le dijo a su familia:

—Mi querida esposa e hijos, por la misericordia divina la mayoría hemos conocido la verdad, pero no basta que glorifiquemos a Dios como individuos, sino que debemos hacerlo también como familia. Ahora bien, una señal que distingue a las familias que temen al Señor de las que no le temen, parece ser que las primeras realizan

el culto familiar. Hace un tiempo que he estado vacilando en cuanto a comenzarlo, debido a mi propia deficiencia, pero veo que esta excusa se debía primeramente a mi orgullo y estoy decidido, por la gracia de Dios, a no demorar más en hacer lo que estoy convencido constituye mi deber. Empecemos esta noche.

Todos estuvieron de acuerdo, y después de la cena, Andrés abrió su Testamento y leyó el tercer capítulo del Evangelio de San Juan. Se animó a hacer breves comentarios y cuando hubo acabado, se puso de rodillas rodeado de su familia y oró. Oró de la abundancia de su corazón. Expresó su gratitud a Dios por los alimentos y la ropa y una casa en la cual vivir. Pero alabó a Dios particularmente por su gran amor al enviar a su Hijo a este mundo para salvar a pecadores y por darle a él y a la mayoría de su familia las riquezas de su gracia. Elevó peticiones intensas por todos sus amigos y por todos sus enemigos, si es que los tenía. Tampoco se olvidó del padre Dominick. ¡No! Rogó a Dios por él y por toda su congregación y oró entusiastamente que todas las bendiciones del Evangelio se derramaran sobre él y sobre ella. Oró por la buena comarca en que vivían, y por la extensión de la verdadera religión en todas partes. Concluyó poniéndose él y poniendo todas sus preocupaciones en las manos de Aquel que “nunca duerme”.

Esa noche Andrés tuvo una oportunidad de comprobar la bondad de Dios al preservar a aquellos que ponen su fe en él. A eso de la media noche lo despertó el fuerte ladrido de su perro. Se levantó para ver porqué ladraba, pero cuando salió y no vio ni oyó nada, decidió volver a la cama suponiendo que todo estaba bien, pero al hacerlo, notó algo de humo en la casa, y al buscar, encontró que un pequeño trozo de carbón había caído en un montículo de paja que había en un rincón, y que la paja estaba a punto de incendiarse, de modo que con buena razón creyó que si no hubiera sido despertado en ese preciso

momento, toda su casa se hubiera visto envuelta en llamas, y que él y su familia o hubieran sido consumidos por el fuego o hubieran escapado pero perdido su casa y sus escasos bienes materiales. Andrés silenciosamente interrumpió el progreso de esta desgracia y dando una exclamación de agradecimiento y reconocimiento al Autor de todo lo bueno por su bondadosa interferencia, regresó a su cama. A la mañana siguiente reunió a su familia y les contó lo sucedido, y aprovechó la oportunidad de enfatizar la bondad de ese Dios que lo había cuidado a él y a su familia.

El peor enemigo de Andrés

Cuando el padre Dominick excomulgó a Andrés y su familia, habló mucho de herejías, e insinuó con bastante claridad que hacerle mal a un hereje no era una ofensa de ninguna magnitud. Ahora bien, sucedió que había en la congregación uno, James Nowlan, que estaba resentido con Andrés por un malentendido con respecto a un terreno que él tenía, y que no hubiera tenido ningún problema, de haberse presentado la ocasión, de hacerle pagar caro por habérselo ganado. Nowlan, al oír que el sacerdote había declarado que Andrés era un hereje y que había sido maldecido por el sacerdote, pensó: “ahora es el momento de vengarme de Andrés Dunn. El padre Dominick dice que el hereje debe ser considerado como un pagano y un publicano, es decir, que si estuviera en un país extranjero sería quemado en la hoguera por ser enemigo de la iglesia, pero que en este país es contra la ley ponerle fuego a los herejes. Ahora bien, si Andrés Dunn merece la hoguera, y lo único que lo impide son leyes herejes, no puede haber ningún mal, sino mucho bien, en propinarle a Andrés Dunn unos buenos azotes que recordará el resto de su vida. De esta manera le estaría haciendo un favor a Dios, y con más razón porque yo corro peligro de sufrir por la crueldad de esas leyes que

no permiten a los buenos castigar a los herejes malvados como se lo merecen. Esto es todo cierto, y le mostraré al perro que lo es.” Habiendo determinado en su mente todo el asunto, decidió que la noche siguiente se acercaría a Andrés Dunn y le daría el castigo que se merecía por su conducta desnaturalizada hacia su Iglesia Madre.

Es así que esa noche cruzó los campos y llegó a la puerta de Andrés a eso de las ocho, justo cuando éste había terminado de leer un capítulo de la Biblia y se había puesto de rodillas con su familia para agradecer las bendiciones de ese día, y para implorarle a Dios que siguiera colmándoles de sus favores. Se detuvo un minuto a la puerta para ver qué estaban diciendo o haciendo adentro, cuando de pronto oyó el sonido de una voz que le era conocida. Sabía que era la voz de Andrés, pero su tono no era el de alguien que conversaba con otro, ni uno que jamás había escuchado. Después de escuchar un momento y espiando por una rendija en la puerta, vio que Andrés estaba orando con su familia a su alrededor. Por curiosidad, siguió escuchando lo que decía, al punto que se olvidó del propósito de su venida, asombrado por la devoción del hombre y su familia. Lo oyó agradecer a Dios por todas las bendiciones que disfrutaba, pero particularmente por lo que había hecho al redimirlo a él y su familia del pecado y la muerte, pero lo que más le afectó fueron sus ruegos por sus enemigos.

—Oh Señor—, dijo —¡si tenemos enemigos en este mundo, perdónalos por cualquier pensamiento o planes que tengan contra nosotros! Bendícelos con el conocimiento de tu salvación, y ayúdanos para que en toda ocasión, ¡podamos devolver bien por mal!

Siguió orando en este tenor por un tiempo, durante el cual James Nowlan se sintió sobrecogido de asombro, y cuando acabó su oración pensó que podría abrazar cordialmente al hombre que había tramado perjudicar. Se dijo: “¡qué! ¿Es este hombre un hereje? Si lo es, ¿dón-

de están los cristianos? No por cierto, en la congregación del padre Dominick. Si todos los que nos llamamos cristianos y si, hasta el padre Dominick mismo fuéramos como este pobre Andrés, qué distinto sería este mundo.” Todas sus intenciones de perjudicar a Andrés se esfumaron, y empezó a recriminarse severamente por haber planeado lastimarlo.

—¡Hacerle daño!— dijo —¡Dios no lo permita! No, ¡prefiero que mi mano derecha se olvide cómo trabajar que hacerle un mal a un hombre como este!

Se convierte en su mejor amigo.

Estaba por retirarse, pero se detuvo un poco y decidió contarle a Andrés lo que había pensado hacer y pedirle su perdón. Llamó a la puerta, y la familia que no sospechaba nada, lo dejó entrar. Andrés lo invitó cordialmente a sentarse junto al pequeño fuego. James Nowlan preguntó:

—¿Sabía que el padre Dominick lo maldijo a usted y a su familia el domingo pasado en la capilla?

—Sí, lo sabía— contestó Andrés, —y siento profunda lástima y oro por ese pobre hombre errado—.

—Pero, ¿no le tiene miedo a las maldiciones del cura?— siguió preguntado Nowlan.

—Para nada— contestó —mientras sé que Dios me bendice.

—¿Sabe, Andrés, que vine aquí esta noche con la intención de castigarlo por ser hereje, y a la vez, vengarme por aquella vieja disputa por el terreno?

—En cuanto a la herejía— comentó Andrés, —el único hereje es el que se aparta de la Palabra de Dios, y estoy dispuesto a hacerme cargo de las consecuencias de guardar esa Palabra contra todos los sacerdotes en el mundo. En cuanto a la disputa sobre aquel terreno, sepa, James, que no hubo nada injusto ni de mala voluntad de mi parte. Pero si usted lo cree, estoy dispuesto a renun-

ciar al terreno y las pocas mejoras que le he hecho, si consigue el consentimiento del terrateniente. Porque aunque tengo una familia que mantener prefiero renunciar a todo lo que tengo y confiar en el Señor para nuestro sustento con tal de que nadie tenga razón para quejarse contra mí.

—¡Dios no permita —exclamó James—, que tome yo su terreno! No Andrés, usted lo consiguió honradamente, quédese con él, y lo único que le pido es que perdone mis designios malvados contra usted, y me cuente como su amigo.

—Lo perdono de todo corazón —respondió Andrés—, y ruego a Dios que lo convenza de su estado, como me ha convencido del mío, y que, por su gracia, lo atraiga a sí.

Aunque James no entendió del todo ese deseo, pero estando convencido de que contenía algo que era bueno en sí, algo que él necesitaba, no pudo menos que dar su entusiasta ¡amén! Ahora le contó a Andrés lo que lo había cambiado de parecer, y le preguntó si era su costumbre orar con su familia del modo como había observado. Habiendo recibido una respuesta afirmativa, rogó que lo dejaran venir alguna vez a acompañarlos en ese momento.

—Con todo gusto, si mis torpezas no lo molestan— fue la respuesta.

—Por supuesto que no —contestó con mucha simpatía—, nunca en mi vida me he sentido tan afectado por una oración como por la suya que acabo de escuchar. En cuanto a las del padre Dominick, no entiendo nada de lo que dice. Sus oraciones son demasiado eruditas para gente como yo, y si no fuera por decir que estuve en la misa, creo sería lo mismo quedarme en casa. Nunca he podido entender por qué los rezos en la capilla tienen que ser en un idioma extraño. ¿Acaso no es nuestro idioma tan adecuado como cualquier otro para elevar

una plegaria? De esta manera la gente podría entender lo que están diciendo.

—Lo que dice es correcto, James; hemos permanecido demasiado tiempo en la ignorancia. Ya es hora de que empecemos a pensar por nosotros mismos.

Luego le informó que todas las noches más o menos a esa misma hora los encontraría ocupados en lo mismo que los había encontrado esa noche, y le aseguró que estarían contentos de verlo, y que si llegaba un poquito antes podía compartir con ellos su humilde comida. James se lo agradeció y se retiró por esa noche. Rumbo a su casa no dejaba de reflexionar en lo sucedido esa noche. “Salí” se dijo a sí mismo, “decidido a propinarle a Andrés Dunn, una buena paliza, ni me importaba si hasta lo mataba, y aquí estoy ahora, regresando, sin haberle tocado siquiera un pelo, sino también lleno de admiración por el hombre, y reprochándome a mí mismo por haber tramado lastimarlo. Según parece, Andrés tiene más de cristiano que el padre Dominick.”

Durmió poco esa noche, y en el trabajo al día siguiente, seguía pensando en lo mismo. A la noche, fue a lo de Andrés y se reunió con ellos en el culto familiar. Andrés se sintió impulsado a orar particularmente por su visitante, que Dios tuviera a bien iluminar su mente y conducirlo a toda verdad. Después de la oración, empezaron a conversar sobre el tema religión, y ambos estaban tan concentrados en el tema que no se dieron cuenta cómo pasaba el tiempo, y era casi medianoche cuando al fin se separaron. Se explayaron largamente en la pregunta: “¿qué debe de hacer para ser salvo el pobre pecador, convencido que merece la ira de Dios y que su corazón es pecaminoso?” Con las Escrituras Andrés le mostró a James muy claramente que todas las penitencias que pudiera cumplir, y todas las mortificaciones a las cuales pudiera someterse, y todos los rezos que pudiera recitar toda su vida no podrían restaurar el favor de Dios; que la

Palabra de Dios muestra el único camino por el cual puede lograrse, o sea, el poder expiatorio del sacrificio de Cristo aplicado por fe al alma. Le mostró también cómo el amor de Cristo constriñe al creyente a dedicarse a servirle, de manera que ya no sigue en pecado, sino que lo odia, y se resiste a él y lo vence. Estos fueron los temas principales enfocados aquella noche, y plugo a Dios abrir el corazón de James para recibir las verdades importantes que oía, de manera que Andrés tuvo muy pronto la satisfacción de verlo depositar su esperanza en Cristo y dando prueba de ello ante el mundo.

Quemó la cachiporra.

Este James Nowlan había sido un matón. Solía ir a todas las ferias y a las competencias provocando allí camorra, o sea enemistando a la gente a fin de verlos cortarse y golpearse los unos a los otros sin piedad. Era un hombre muy fuerte, y solía llevar una cachiporra bien conocida como la navaja de Jaimito. Pero este hombre a quien todos temían, cambió por la influencia del Evangelio, y se convirtió en un ejemplo impresionante de la verdad; “si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Cor. 5:17). Aún la expresión de su rostro cambió, pues su aspecto era feroz, enfatizado fuertemente por su temperamento salvaje. Pero después de apropiarse de la religión verdadera, sus facciones proyectaban una especie de tranquila sonrisa, lo cual indicaba la calma y la serenidad de su alma. Cierta noche trajo su palote a la casa de Andrés y le dijo que había venido formalmente para entregar a las llamas el instrumento con el cual tantas veces había realizado la obra del diablo.

—Esta es precisamente el arma con la que pensaba apalearlo aquella noche que vine con ese propósito, y no puede haber mejor lugar para quemarlo que este.

Diciendo esto, la arrojó al fuego, y mientras ardía dijo:

“¡Bendito Redentor! Estas son las manos que tantas veces han sido empleadas como no deberían haberse usado, procurando el mal, y estos ojos con demasiada frecuencia han mirado con satisfacción las escenas de las que deberían haberse apartado con horror. Pero tu gracia me ha enseñado a obedecer mi maldad de antes. Ahora no deseo ver más sangre que la Sangre de tu Cruz por la cual mi alma fue redimida. Y mientras miro con fe ese objeto, muera yo al pecado, y dedique yo mis poderes a tu bendito servicio.”

El círculo se extiende.

James Nowlan, habiendo encontrado salvación, ansiaba que su familia se interesara en esta bendición. Por eso, les rogó que lo acompañaran a la hora acostumbrada, a la casa de Andrés. Todos mostraron mucha renuencia y durante algunos días se negaron rotundamente a acompañarlo.

—Por cierto, qué lindo —dijeron con sarcasmo—, ir a orar con un tipo como este.

Pero no podían dejar de notar el cambio que había sucedido en James. Ya no era camorrero ni borracho como antes, sino que se quedaba en casa y procuraba hacer feliz a su familia. No podían negar que Andrés Dunn (porque no sabían todavía que era la obra de Dios) había logrado en unas pocas semanas lo que el padre Dominick no había podido en veinte años con toda su predicación, sus penitencias y sus rociamientos. Al fin se animaron y decidieron ir. La oración de Andrés fue sencilla y sentida, y ninguno de los presentes pudo reprimir sus lágrimas. Cuando regresaron a casas todos elogiaron a Andrés, y la noche siguiente nadie tuvo que insistirles que fueran. Sin entrar en más detalles, mencionaré únicamente que la familia de James Nowlan pronto empezó a sentir el poder del Evangelio, y demostraron su cambio entregándose al Señor Jesucristo y emprendiendo una

nueva vida. Andrés tuvo ahora la satisfacción de ver la total conversión de su hija mayor, quien renunció a sus errores y siguió la verdad, de manera que su pequeña familia vivía en perfecta unidad. Los domingos, ellos y la familia de James, se reunían regularmente para adorar y alabar a Dios. Por un tiempo, sólo estas dos familias se atrevían a reunirse para adorar al Señor de una manera sencilla y espiritual. Muchos otros tenían miedo de sumarse a ellos por las maldiciones del padre Dominick, y se vieron expuestos a muchas burlas y oposición por su fidelidad a las Escrituras. No obstante, después de que habían menguado las primeras impresiones causadas por los pronunciamientos del sacerdote, algunos empezaron a reflexionar en el profundo cambio ocurrido en la vida tanto de Andrés Dunn como de James Nowlan, y especialmente, en la de este último. Tampoco podían dejar de notar el orden en sus familias, su trato bondadoso y amable unos con los otros; les impresionó las mejoras en sus circunstancias materiales. Suponían, por lo que el padre Dominick había dicho, que Dios daría alguna señal providencial, como destruir su casa o arruinar sus cosechas, para mostrar su desagrado contra Andrés por su herejía. En cambio, Andrés prosperaba en lo material más que cualquiera de sus vecinos cuyos trabajos eran similares a los suyos. “La religión pura” resultó ser para él una fuente de ganancia temporal además de un beneficio eterno, porque su esposa e hijos ahora eran tan activos e industriosos como antes habían sido perezosos y ociosos. Mientras él trabajaba empleado por el terrateniente, y su hijo se ocupaba del cultivo de su pequeña granja, su esposa e hijas trabajaban alegremente hilando hilo. Muchos, al ver estas cosas, empezaron a pensar en Andrés más favorablemente que al principio y después de un tiempo algunos se animaron a asistir a las pequeñas reuniones religiosas en su casa los domingos a la mañana, mientras que otros, curiosos por conocer la naturale-

za de estas reuniones y temerosos de entrar, escuchaban desde afuera por las ventanas, y de esta manera, poco a poco se fueron animando a vencer los prejuicios que los dominaban. Como Andrés se ocupaba sencillamente de seguir las Escrituras, y de indicar a los que asistían a su casa que no aceptaran ninguna otra guía, tuvo la satisfacción, después de un corto lapso de ver que sus débiles esfuerzos por explicar la naturaleza del Evangelio, tal como está en el Libro Sagrado, no eran en vano. Se ocupó particularmente en convencerles de que no estaba tratando de introducir nada nuevo, sino simplemente de mostrarles lo que la Palabra de Dios contenía, que lo que ellos debían hacer era leer la Palabra como si antes no hubieran aprendido nada, y que si lo hacían, encontrarían que contenía todo lo que necesitaban saber para ser salvos.

Se inician los cultos en la cabaña.

Le plugo a Dios también, por medio de la sencilla persuasión de Andrés, despertar a varias otras personas de su indiferencia e impulsarlas a leer la bendita Palabra, y alrededor de una docena de familias empezaron a sentir inquietud por las cosas eternas, y a leer la Palabra de Dios para comprobar si las cosas eran como Andrés decía. Al principio se sorprendían y después se convencían. Sus prejuicios desaparecían ante la bendita verdad de Dios, y Andrés se deleitaba en contestar las preguntas de algunos, de animar los corazones de otros y de reunirse con algunos para alabar el nombre del Redentor que los había llamado de las tinieblas a la luz admirable de su Evangelio.

La cabaña de Andrés se llenaba dos veces cada domingo, y aunque el culto que allí se realizaba no era nada esplendoroso a la vista como para recomendarlo, era tal como Dios había mandado se le adorara “en espíritu y en verdad”. Y los que allí se reunían tuvieron la

bendita experiencia de comprobar que Dios además de no hacer acepción de personas no hacia acepción de lugares. Cuando finalizaba el culto de la mañana, levantaban una pequeña ofrenda de lo que habían ahorrado durante la semana (vea 1 Cor. 16:2). Andrés Dunn y James Nowlan fueron elegidos para manejar el humilde fondo, lo cual hicieron con toda fidelidad, asentando en un libro todo lo que se recibía y lo que se gastaba. Dado que todos estaban dispuestos a contribuir cuanto podían, les fue posible hacer mucho bien en la comunidad. Tenían en su lista seis ancianos que ya no podían trabajar, y cada uno de ellos recibía cada semana una suma del fondo, que aunque pequeña, agradecían. Eran particularmente atentos con los enfermos, y los visitaban y les compraban cualquier cosa que necesitaban. De esta manera “su luz brillaba ante los hombres” y daban prueba de que su religión no era de palabra, o para ser vistos, sino una fe que obraba por medio del amor.

La muerte del padre Dominick

Por aquel tiempo, Andrés se enteró de que el padre Dominick estaba en su lecho de muerte. Después de mucha indecisión, resolvió ir a verlo. Fue. Cuando supieron quién era que lo quería ver, la gente informó al moribundo, suponiendo que Andrés había venido para pedirle perdón al padre Dominick antes que muriera. Dejaron pasar a Andrés quien sintió un golpe tremendo al ver el estado en que se hallaba el padre Dominick. Cuando éste vio a Andrés exclamó:

—Oh, Andrés, me estoy muriendo, pero eso no es lo peor; ¡temo que mi alma esté perdida para siempre!

—No diga eso señor, —contestó Andrés con mucha emoción— mientras la Palabra de Dios dice que la Sangre de Cristo limpia de todo pecado.

—Oh, Andrés, ¡si hubiera escuchado tu fiel repreensión aquel día cuando conversamos en tu cabaña, segu-

ramente me hubiera ido bien; tengo cosas terribles de las cuales dar cuenta ante el tribunal de Dios por las almas arruinadas por mi negligencia o ignorancia!

Andrés se apresuró a retirarse de aquel lugar donde no podía ser útil.

Una terminación triunfal

Dos años después, cierta noche al encontrarse Andrés sentado con su familia, le avisaron que James Nowlan estaba muy enfermo y deseaba verlo. Atendió el llamado sin dilación y al entrar en la casa de su amigo enfermo, éste le dijo lo siguiente.

—Andrés, me siento muy enfermo, pero mi alma está llena de consuelo. No sé si esta enfermedad es de muerte, pero mi Redentor lo sabe, y eso me basta. Ya hace un tiempo que he deseado vivir para su gloria exclusivamente, y si él es más glorificado por mi muerte que por mi vida, prefiero morir que vivir. ¡Oh, qué preciosas son a mi corazón las promesas confortadoras del Evangelio! ¡Qué dulce es a mis oídos el nombre de Jesús!

Andrés le propuso que oraran juntos y que leyeran una porción de la Palabra de Dios.

—¡Oh sí! —exclamó James— quiero oír la voz de mi Redentor; es él quien habla, mi alma escucha.

Andrés leyó 1 Corintios 15 y luego, arrodillándose junto a la cama, derramó su alma en ferviente gratitud a Dios por lo que había hecho por su amigo y pidiéndole que continuara bendiciéndolo con su gracia. Luego regresó a su casa, pero muy temprano la mañana siguiente fue nuevamente a la casa de James. Lo encontró más débil pero fuerte en espíritu. Era evidente que estaba peor, y tanto él como los que lo rodeaban estaban ahora convencidos de que sería llevado a una mansión en los cielos. Unas horas antes de su partida irrumpió en una especie de exaltación, recitando los últimos versículos del capítulo que había sido leído la noche anterior.

—¿Dónde está —gritó— oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro tu victoria? Mas a Dios gracias, que nos da la victoria por el Señor nuestro Jesucristo (1 Cor 15:55-57). Sí —agregó— mi Salvador, con su muerte venció al último enemigo, y me deja disfrutar de sus bendiciones.

Al ver llorar a su familia, decía:

—No lloren por mí, querida esposa y queridos hijos, sino que regocíjense conmigo, y ayúdenme a alabar el nombre del Redentor. Voy a donde he de verle tal cual es, y a estar por siempre con él. ¡Oh, el peso extraordinario y eterno de gloria, de la cual mi alma redimida será partícipe!

Su cuerpo seguía debilitándose, pero su alma disfrutaba de la más triunfal perspectiva de felicidad. Después de quedar en silencio por un rato, exclamó:

—¡Aleluya! ¡Bendición y honor y gloria al Cordero por siempre jamás!

Éstas fueron sus últimas palabras, pero la sonrisa celestial en su rostro testificaba a todos los que lo rodeaban del estado de su mente; y la manera expresiva en que levantó sus ojos y manos al cielo, cuando ya no podía hablar, fue suficiente indicación de que sus facultades mentales seguían intactas, y que su triunfo sobre la muerte era total. En unas horas su espíritu feliz fue transportado al paraíso de Dios.

“¡Sea nuestra muerte la muerte del justo, y sea nuestro último aliento como fue el de Él!”